

y de la naturaleza); el problema de la relación entre sociedad y libertad; el sentido último de la historia, de la culpa y de la muerte. A través de una conceptualización excesiva que llega a hacerse fatigosa, el autor viene a decir que la respuesta a esos problemas es la autocomunicación de Dios. No se examinan otras razones o «formas de verificación» de la fe.

En este trabajo, Schmitz ha primado el aspecto reflexivo y crítico del método, frente al expositivo. Así sucede que el examen escriturístico es, como ya se ha dicho, muy somero, lo mismo que el del testimonio de la tradición entendida en su sentido más amplio. En cambio se presta una atención detenida, a veces excesiva, a la crítica y a la conceptualización. Todo ello lleva a juicios diferentes según los diversos capítulos. El más teológico de los cuatro es el capítulo tercero que resulta interesante y bastante equilibrado, aunque sea discutible su interpretación del carácter absoluto de la revelación cristiana. En cuanto al resto de los capítulos, el primero está un poco fuera de lugar debido al método fenomenológico que sigue. En cuanto a los capítulos segundo y cuarto hay que afirmar que se trata de reflexiones de segundo grado: el *pensamiento sobre* la revelación, la *justificación* de la revelación. En algún lugar, Schmitz debería afirmar que el valor de la doctrina de los concilios va más allá que el de ser reflejo de la teología de un época. Por otro lado, es mérito suyo innegable el ofrecer de forma sintética y útil tanto la enseñanza de los concilios como las posturas de diversos autores cristianos y críticos de la revelación.

En la bibliografía se recogen obras de autores casi exclusivamente alemanes, algunos de ellos totalmente desconocidos. Precisamente porque sólo se cuenta con obras y autores alemanes no deja de sorprender la ausencia casi total de alusiones a la concepción transcendental de la revelación (Rahner, Darlap, Fries) que se había generalizado entre los teólogos de aquella área cultural. Igualmente se halla ausente la referencia a la revelación como comunicación simbólica, también muy extendida en los ámbitos sajones. En este sentido, la obra de Schmitz es el exponente de un cierto cambio en la teología que se mueve en una dirección que podríamos designar como más realista, en el sentido de más en la línea de *Dei Verbum*.

C. IZQUIERDO

AA. VV., *La Doctrina Social cristiana. Una introducción actual*, Ed. Encuentro, («Ensayos», 59), Madrid 1990, 301 pp., 15 x 23.

Hace algunos años un grupo de profesores y estudiosos italianos, cercanos en su mayoría al movimiento de Comunión y Liberación, dieron

vida —junto con otras personalidades— al Instituto Internacional para la Doctrina Social. Entroncando con la renovación de la Doctrina Social de la Iglesia que ha tenido lugar en el pontificado de Juan Pablo II, aspira a realizar un trabajo científico que contribuya a fomentar la presencia de un pensar cristiano vivo y creador en el contexto cultural contemporáneo. Concibe, pues, su actividad no como divulgadora, sino de reflexión y de pensamiento. El presente libro, que constituye una de las primeras realizaciones del Instituto en esta línea —la edición original italiana apareció en 1988—, puede considerarse, como señala la breve nota editorial que lo presenta, «como una manifestación bastante completa de la orientación cultural que ha inspirado su fundación».

Colaboran en él un total de diez estudiosos italianos, encargándose de los diversos artículos o capítulos, que desarrollan con autonomía, pero evidenciando una clara coincidencia de fondo, más aún una común inspiración. La edición castellana, se inicia con un prólogo o presentación debida a la pluma del obispo auxiliar de Madrid, Mons. Javier Martínez. El resto de la obra, se estructura en dos partes. La primera, titulada «Actualidad y vigencia de la Doctrina social de la Iglesia», comprende cuatro capítulos en los que se busca situar a la Doctrina Social de la Iglesia en el contexto de la nueva evangelización propugnada por Juan Pablo II (R. Buttiglione) y en el de la interpretación de la cultura contemporánea (R. Buttiglione y L. Bravi); una confrontación con la Teología de la Liberación (P. Boni) cierra esta parte. La segunda, agrupa, bajo el título: «Sujeto, método y contenidos fundamentales de la Doctrina Social Católica», siete capítulos que tratan, respectivamente, de la génesis del sujeto de la Doctrina Social (M. Serretti), del hombre como persona (M. Cangiotti), de la cultura (D. Celli), de la familia (P. L. Pollini), del trabajo (C. Grotti) y de la comunidad política (N. Genghini y P. Lombardi). Un epílogo, pensado especialmente en relación con los católicos italianos (y escrito de nuevo por R. Buttiglione), completa la obra.

La simple enumeración de los capítulos que componen el libro, pone de relieve que el subtítulo, «una introducción actual», no es retórico o decorativo. Lo que aspira no es a ofrecer una síntesis de las enseñanzas que integran la Doctrina Social de la Iglesia, sino más bien a clasificar su naturaleza, e incluso evidenciar lo que implica en cuanto expresión, desarrollo o concreción de la conciencia católica al situarse ante la realidad social. En este sentido, las colaboraciones más importantes tal vez sean las que abren el libro, debidas a Rocco Buttiglione, y las reflexiones de Massimo Serretti sobre el sujeto de la Doctrina Social. Las restantes tienen, sin duda, personalidad propia e implican aportaciones específicas, pero presuponen las afirmaciones contenidas en esas tres contribuciones básicas.

¿Por qué se vuelve a hablar hoy de Doctrina Social de la Iglesia? ¿por qué esa Doctrina está hoy de nuevo de actualidad?, se preguntan en síntesis los autores. Una primera respuesta consiste en remitir a las intervenciones de la autoridad eclesiástica, que ha insistido repetidas veces, en esos últimos años, en la importancia de la Doctrina Social. Esa respuesta es válida, pero insuficiente, ya que deja de señalar el factor decisivo: las características de nuestro momento cultural. Desde diversas perspectivas y como resultado de diversas experiencias históricas, el hombre —y el hombre visto en su concreción singular y existencial— vuelve a estar en el centro, tal vez no siempre de la realidad social empírica, pero sí al menos en el de las preocupaciones. La tendencia historicista, que lleva a pensar que la historia por sí misma, e ineluctablemente, produce el bien, se encuentra ya hace tiempo en bancarrota al haber sido desmentida por la dura realidad de los hechos. Las teorías críticas que intentaron resolver el problema apelando a un pretendido conocimiento de las leyes del devenir y, en consecuencia, a una hipotética capacidad de anticipar y planificar el futuro, han experimentado un análogo hundimiento, a través de la trágica experiencia representada por el totalitarismo y por el estancamiento social a que conduce todo intento de aherrojar la libertad y la historia. En el contexto de esa doble experiencia, la ética como confrontación del hombre con la verdad y con el valor resurge con toda su importancia. Y en el trasfondo de la ética, la religión, de la que la ética recibe su última inspiración y sentido.

Todo ello pone de relieve las posibilidades que, hoy y ahora, se abren a la Doctrina Social de la Iglesia. Pero también reclama que, para ser escuchada, esta Doctrina Social vaya, por así decir, a lo hondo de sí misma y exprese con nitidez su naturaleza. El periplo histórico de la civilización contemporánea y, paralelamente, el de la Doctrina Social evidencian, en efecto, que los problemas sociales son, radical y últimamente, problemas del hombre, de la comprensión que el hombre tiene de sí mismo y de la coyuntura histórica en la que vive. Esta conciencia renovada ha traído consigo un afinamiento de la Doctrina Social haciendo que se radique, de forma cada vez más clara, en la afirmación de la persona y de su dignidad, lo que por su parte ha provocado que el tema de la cultura haya accedido a un primer plano; pues la cultura es precisamente el contexto y el proceso gracias al cual el hombre toma conciencia de sí.

Pero la concentración en la afirmación de la dignidad de la persona, tiene otra consecuencia: llama la atención sobre el problema del sujeto de la Doctrina Social, hasta hacer de él una cuestión clave. Hablar de Doctrina Social de la Iglesia es, sin duda alguna, hablar de una doctrina, de una

serie o conjunto de afirmaciones, juicios o principios. Pero limitarse a esa constatación corre el riesgo de desconocer u olvidar lo esencial, ya que esas afirmaciones, juicios y principios adquieren todo su sentido y toda su capacidad de acción histórica sólo a partir del núcleo existencial del que provienen. La Doctrina Social de la Iglesia presupone la vivencia cristiana y de ella recibe su fuerza, pues esa vivencia es el contexto imprescindible para la toma de conciencia acerca del valor de la persona. Su sujeto es, por eso, la comunidad cristiana, no ciertamente porque esa Doctrina constituya una especie de propuesta oficial y corporativa, que desconozca las mediaciones culturales y el pluralismo de las opciones, sino porque sólo una real experiencia cristiana lleva a percibir, con todas sus implicaciones y toda su incisividad, lo que significa que el hombre es persona dotada de dignidad, en el sentido más fuerte y denso de la palabra, es decir persona creada a imagen de Dios y destinada a la comunión con El. Desgajadas de ese centro, las afirmaciones de la Doctrina Social pueden mantener su vigencia teórica, pero privadas de su eficacia histórico-concreta. El problema de la Doctrina Social es por eso, y esencialmente, problema de evangelización.

Tales son, a mi juicio, las tesis centrales que vertebran la presente obra, haciendo de ella una de las contribuciones más interesantes, entre las publicadas hasta ahora, en orden a clarificar la naturaleza de la Doctrina Social de la Iglesia e impulsar su efectividad. En algunos momentos, la reflexión está un tanto condicionada por la situación italiana: la atención a otros contextos culturales hubiera permitido una mayor amplitud de horizonte y llevado incluso a matizar algunas valoraciones y juicios. La traducción al castellano, y a otros idiomas, es, en este sentido, un hecho muy positivo, ya que puede estimular una reflexión y un diálogo mutuamente enriquecedores. Ya que, insisto, esta «introducción actual» a la Doctrina Social de la Iglesia abre perspectivas de fondo que vale la pena discutir y desarrollar.

J. L. ILLANES

José Luis ILLANES, *Teología y Facultades de Teología*, Ediciones Universidad de Navarra, S.A., Pamplona 1991, 413 pp., 16 x 24.

No es la primera vez que el Prof. Illanes se ocupa de la ciencia teológica. Lo hizo antes con algunos de sus libros (*Sobre el saber teológico, Cristianismo, historia, mundo*, el art. *Teología* en «GER», etc) y en otros numerosos trabajos publicados en revistas españolas y del extranjero. A este